

Volar a casa

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Daniel Monedero, *Volar a casa*
Primera edición: octubre de 2020

ISBN: 978-84-8393-283-4
Depósito legal: M-18697-2020
IBIC: FYB

© Daniel Monedero, 2020
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2020

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Daniel Monedero

Volar a casa



ÍNDICE

Ornitología ilustrada	13
Emily Dickinson	25
Un cuento perfecto	55
Llueven Kafkas	101
Alta literatura coreana	111

A mi familia

*... Hasta que las piadosas Nieves
Nos Empujan a volar a Casa.*

Emily DICKINSON

*Me siento recién nacido a cada instante
para la completa novedad del mundo.*

Fernando PESSOA

La belleza no descansa.

Anne CARSON

ORNITOLOGÍA ILUSTRADA

¿EN QUÉ SE PARECEN las aves y el amor? No lo sé, porque esta es una historia sobre la cojera y la esperanza. O eso creo yo.

Pero qué sabré yo.

Comencemos por la chica que se tatuaba pájaros. Cada vez que se terminaba una historia con alguien, ella añadía un pájaro nuevo a su cuerpo. Aunque no era una experta en aves ni nada por el estilo. Tampoco miraba mucho el cielo, se miraba más las puntas de los zapatos. A veces llevaba botas Chelsea y otros zapatos planos, del tipo conocido como bailarinas. Y se hacía muchas preguntas mientras se miraba los pies. Porque prefería miles de cosas antes que observar los pájaros. Escuchar un disco de Wanda Jackson, por ejemplo, o vestir una gabardina *beige* para pasar el otoño. Le gustaba la lluvia si la contemplaba dentro de los autobuses, pero fuera no tanto. O cortarse el pelo cuando tenía problemas. Si tenía pocos problemas, se cortaba un poco el pelo. Si

tenía muchos, se dejaba un corte mínimo, y así parecía que los problemas se iban, que en realidad no lo hacían, pero ayudaba esa sensación de que se quedaban ahí, desmayados en la peluquería. Y así ella podía seguir viviendo.

A veces caminaba por la ciudad, algún insecto revoloteaba a su lado y su compañía mínima le reconfortaba un poco. Se podrían contar otras cosas de ella, pero con esto quizá sea suficiente.

Un día, en mitad de un naufragio (no importa cuál), le vino esa idea como de la nada, podríamos decir que le cayó del cielo, pero sería un chiste demasiado barato. Es posible preguntarse cómo le influyó enterarse de que el compositor Olivier Messiaen quería llegar a Dios a través del canto de los pájaros, y por eso los traducía musicalmente. Aunque es probable que aquello no tuviera nada que ver. Ella no sabía dónde quería llegar. Tan solo fue a una librería y se compró un libro ilustrado sobre ornitología. Tardó en elegirlo. Buscaba un buen libro. Uno que tuviera tapa dura, muchas ilustraciones a color, y un lomo que combinase con su estado de ánimo. Le dijo al librero: «Recomiéndeme un libro sobre pájaros, estoy cansada de llorar inútilmente y de tener un insomnio que me destroza las cervicales. Usted sabe, si tiene experiencia, que el amor es una cosa triste y cansa mucho. El amor es algo malísimo para las articulaciones. Por eso necesito ese libro». Y luego resopló. Dijo: «Fú». Solo eso. Un ligero «Fú» que se podía interpretar de múltiples maneras. El librero no comprendía nada, pero era un tipo afable al que también le habían roto el corazón con distintos golpes de kárate sentimental. Siempre se enamoraba del mismo tipo de mujeres, se enamoraba o se obsesionaba con ellas, quién sabe lo que significan

las palabras en determinados momentos. Enamorarse es una palabra pequeña para todo lo que queremos meter en ella. Las palabras a veces no dan más de sí. Les exigimos demasiado. Llevan siglos intentando contener el caos y a veces no pueden más. Deberíamos retirarlas de la circulación durante unos años para después volver a introducir las en las conversaciones, relucientes y descansadas.

Uf.

El librero también tenía experiencia en el desamor y se enamoró (o lo que sea), ligeramente de la chica. Tampoco de modo concentrado, más bien un poco de pasada, como de medio lado. De su manera lánguida de mirar los libros y de ese cansancio tan elegante que tenía al caminar. Pensó: «Algún día todo esto me dolerá un poco. Lo sé. Y qué». Al librero le gustaban algunos poemas, no todos. Sobre todo los que escondían cosas debajo de las palabras que uno podía ir desenterrando poco a poco. Y se puso a escribir un poema esa misma noche inspirado por ella, aunque tenía abandonada la poesía desde la adolescencia, porque alguien le dijo una vez que sus poemas parecían listas de la compra y eso hizo estallar los pilares de su vocación. No comprendió que aquella persona quiso hacerle un cumplido. Quería decir: «Poemas tan necesarios, urgentes y verdaderos como una lista de la compra». Con el poema sobre la chica de los pájaros retomó la lírica y comenzó un libro con el que años después ganaría un premio literario. Pero esa es otra historia que no contaremos aquí, porque la chica salió de la tienda sin saber nada al respecto.

Llegó a casa y observó los pájaros del libro. Fue eligiendo cada ejemplar con sumo cuidado. Pronto supo que llevaría un cóndor en un omoplato y un ave lira en la muñeca izquierda.

Durante años se tatuó un pájaro por cada decepción amorosa. Aunque a ninguna de las personas con los que estaba les contaba la historia de sus tatuajes. Una vez lo hizo y fue una idea pésima. Se lo contó a Chester, un chico irlandés, después de una noche de debilidad ética y sexo olímpico. Y a partir de entonces cada vez que Chester se acostaba con ella miraba todos aquellos pájaros y sentía que se estaba acostando con una multitud. Eso afectaba a su concentración y a su equilibrio mental de una forma aguda. Hasta que un día dijo: «Son demasiados pájaros en un solo cuerpo para un irlandés como yo». No entendía Chester, ese chico que iba siempre en bicicleta y olía como a recién fumigado, de qué iba todo aquello.

Pobre Chester, ahora no es más que es un estornino en el hombro izquierdo de una chica que espera al autobús.

A los que sí que les contaba la historia era a sus tatuadores. Creía que debían de estar informados del objetivo final de su obra. Y aunque en ocasiones se trataba de tipos duros, algunos se emocionaban tanto que lloraban mientras tatuaban. Y eso no era algo favorable para la ejecución de su obra. Pero no podían evitarlo. A pesar de todo, qué hermoso tatuar llorando, dijo uno de ellos. Y por primera vez en su vida sintió algo parecido a la iluminación.

La vida es algo que a veces dan ganas de abrazar.

La chica camina por la ciudad y se diría que ayudada por las alas de los pájaros se eleva unos centímetros del suelo, alza tímidamente el vuelo, y ya no toca la acera con sus bailarinas o sus botas Chelsea. Pero eso es una cursilería, una exageración literaria, claro, una licencia poética, y nunca sucedió. O sí. Quizá alguien se asomó al balcón de